

LOS INOCENT

Lo de Woodstock (Woodstock Music & Art Fair, An Aquarian Exposition) sucedió hace un año, el otro agosto: se habla comúnmente del «espíritu de Woodstock». Lo de la isla de Wight ha sido una ceremonia de repetición. Una liturgia con algunos de los mimos oficiantes (Joan Baez, libertaria, ex cautiva, folklorista, traía el «espíritu de Woodstock»: ha ganado 12.000 libras esterlinas, algo más de dos millones de pesetas), con los mismos acólitos.

En Woodstock pasó algo importante. Quizá no tanto como para corresponder a la exaltada definición del poeta Ginsberg, «un primordial acontecimiento planetario».

El guía de yippies Abbie Hoffman lo centró más: «El nacimiento de la nación de Woodstock y la muerte del dinosaurio americano». Para Max Lerner se trataba de una «revolución cultural, no política». «Una pesadilla de lodo», dijo, en cambio, la derecha, aprovechando para su imagen la lluvia que había encharcado el campo: la derecha «civilizada», la del «Times» de Nueva York. La otra repitió su ya aburrida agresividad: lo urgente que es construir campos de concentración y cámaras de gas para esta juventud desviada... Lo de siempre.

Pero cuando la derecha «civilizada» editorializó hizo el hallazgo de una fórmula. El «Times» quitó el

tema de las manos de sus reporteros adjetivadores y lo entregó a sus pensadores sustanciales, y éstos decidieron que podían comparar lo de Woodstock a la Cruzada de los Niños: en 1212, millares de niños y niñas embarcaron en Marsella para liberar los Santos Lugares; pero, en realidad, los organizadores les condujeron a Alejandría, donde fueron vendidos como esclavos. Y dijeron: «Es, esencialmente, un fenómeno de inocencia». Esta línea de defensa no ha cambiado. En realidad es antigua. Es la que ha inventado la expresión de los «tontos útiles» o de los «krenskis». He aquí estos niños de Woodstock engañados y comprados.

Se les puede perdonar «porque no saben lo que hacen». Pero su boba inocencia sirve para una operación comercial. La izquierda clásica apura los mismos argumentos: esta revolución no es una revolución homologada. Es inútil y sirve a la clase burguesa.

Es curioso ver la repetición de los argumentos un año después, por el Festival «pop» de la Isla de Wight. François Berger, en «Le Figaro», ve a la sociedad de consumo balancearse suavemente en el aire de Wight, sonriente y feliz, simbolizada por un gran globo publicitario. Lewis Chester, en el «Sunday Times», cuenta cómo el «amor» —en el sentido «hippy»— se pue-



En la isla de Wight se han concentrado unas doscientas mil personas y no se ha registrado ningún incidente. Apenas si había drogas y las que había eran de las llamadas menores...

ES DE LA ISLA DE WIGHT

de comprar con dinero, y explica: «Dijeron que una "nueva nación" iba a surgir con el concepto del festival "pop". Tras la evidencia de la isla de Wight, se parece deprisivamente a la antigua». José Luis Alcocer, en «Pueblo», dice: «Los "hippies" protestan, pero no transforman; callan. Surgen, se desarrollan y desaparecen, exactamente en el mismo clima moral que denotan. Son burgueses metidos temporalmente a místicos». El argumento de «... las nuevas generaciones que mañana van a dirigir los cuadros decisivos de sus países...» apareció también en Woodstock: «Están entre un pasado de excelentes colegiales y un futuro de hombres

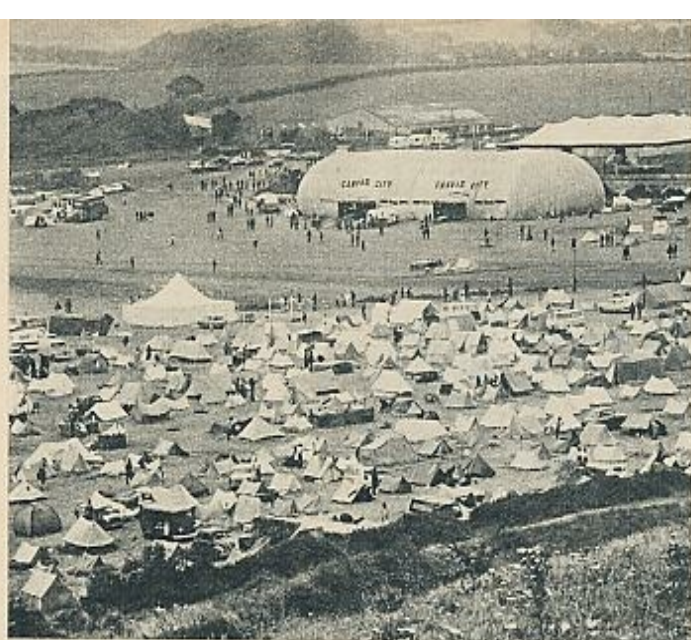
de negocios, ejecutivos, contables», escribía el reportero de «Newsweek», John Garabedian. Es la idea del paréntesis, de la travesura, de las «cosas de la juventud». He aquí el conjunto de la argumentación de rechazo: los jóvenes, que evidentemente no «saben» porque carecen de madurez, resultan engañados por los mercaderes; se integran sin saberlo en la sociedad de consumo cuando pretenden convertirla o destruirla, son nihilistas sin esperanzas, burgueses que se ignoran; a veces, «tontos útiles» de Mao (que «reparte drogas para debilitar la sociedad occidental», pero esto ya es de la otra derecha, de la incivil); pero no hay que preocuparse, por-

que «todo pasará» cuando se acabe su juventud; serán viejos caballeros y distinguidas damas que enrojecerán ligeramente al recordar sus baños, desnudos, a la luz de la Luna, en las aguas del canal de la Mancha, cuando «lo de Wight»...

Sin embargo, en Woodstock, en Wight, han pasado cosas importantes. Ciertamente, Wight es un remedo, es una liturgia, pero tiene su peso. Resultó en Woodstock, que se reunieron cuatrocientas mil personas y no ocurrió un solo incidente. Cuatrocientas mil personas es casi el total de las tropas que Estados Unidos tienen ahora en Vietnam. Entre estas personas circulaban las drogas, y toda clase de

drogas. Se vendían libremente: se pregonaba «hierba, ácido, mescalina». Las estadísticas fueron éstas: tres muertos (uno por «mal ácido», otro por un ataque de apendicitis, otro por un accidente de tractor), dos nacimientos y 5.000 atendidos en la enfermería por enfermedades o pequeños accidentes, pero ninguno por riña. En una multitud de cuatrocientas mil personas es un extraordinario record de pacifismo. En la isla de Wight se han concentrado casi doscientas mil personas, y no se ha registrado ningún incidente. Parece que no había drogas (la sensación general es la de que su consumo disminuye), o las que había eran las llamadas menores: el





LOS INOCENTES

Lo de Woodstock (Woodstock Music & Art Fair, An Aquarian Exposition) sucedió hace un año, el otro agosto: se habla comúnmente del «espíritu de Woodstock». Lo de la isla de Wight ha sido una ceremonia de repetición. Una liturgia con algunos de los mimos oficiantes (Joan Baez, libertaria, ex cautiva, folklorista, traía el «espíritu de Woodstock»: ha ganado 12.000 libras esterlinas, algo más de dos millones de pesetas), con los mismos acólitos.

En Woodstock pasó algo importante. Quizá no tanto como para corresponder a la exaltada definición del poeta Ginsberg, «un primordial acontecimiento planetario».

El guía de yippies Abbie Hoffman lo centró más: «El nacimiento de la nación de Woodstock y la muerte del dinosaurio americano». Para Max Lerner se trataba de una «revolución cultural, no política». «Una pesadilla de lodo», dijo, en cambio, la derecha, aprovechando para su imagen la lluvia que había encharcado el campo: la derecha «civilizada», la del «Times» de Nueva York. La otra repitió su ya aburrida agresividad: lo urgente que es construir campos de concentración y cámaras de gas para esta juventud desviada... Lo de siempre.

Pero cuando la derecha «civilizada» editorializó hizo el hallazgo de una fórmula. El «Times» quitó el

tema de las manos de sus reporteros adjetivadores y lo entregó a sus pensadores sustanciales, y éstos decidieron que podían comparar lo de Woodstock a la Cruzada de los Niños: en 1212, millares de niños y niñas embarcaron en Marsella para liberar los Santos Lugares; pero, en realidad, los organizadores les condujeron a Alejandría, donde fueron vendidos como esclavos. Y dijeron: «Es, esencialmente, un fenómeno de inocencia». Esta línea de defensa no ha cambiado. En realidad es antigua. Es la que ha inventado la expresión de los «tontos útiles» o de los «krenskis». He aquí estos niños de Woodstock engañados y comprados.

Se les puede perdonar «porque no saben lo que hacen». Pero su boba inocencia sirve para una operación comercial. La izquierda clásica apura los mismos argumentos: esta revolución no es una revolución homologada. Es inútil y sirve a la clase burguesa.

Es curioso ver la repetición de los argumentos un año después, por el Festival «pop» de la isla de Wight. François Berger, en «Le Figaro», ve a la sociedad de consumo balancearse suavemente en el aire de Wight, sonriente y feliz, simbolizada por un gran globo publicitario. Lewis Chester, en el «Sunday Times», cuenta cómo el «amor» —en el sentido «hippy»— se pue-



LOS INOCENTES DE LA ISLA DE WIGHT

Espolón ha perdido totalmente ese sentido; no tiene que acusar a nadie de la matanza de los indios. Tiene otro sentido: el remedo de una clase que se denomina libre, o que pretende liberarse de otra tradicional. Naturalmente, a medida que la onda expansiva se separa del centro de la explosión, pierde fuerza; se queda en símbolos y atributos y puede llegar a ser ridícula en cuanto se profundiza en su sentido, como hablar de «marketing», de «hardware» y «software» en países a medio desarrollar y sostenidos todavía en una perplejidad agrícola y artesana; pueden llegar a ser hipócritas, irritantes, como las modas femeninas de provocación sexual sostenidas en países donde la represión se mantiene en todo su rigor.

Lejos de la metrópoli, las agencias imperiales son un cierto reme-

do. Posiblemente los inocentes de la isla de Wight no tienen la problemática de los jóvenes de Woodstock a quienes remedan, sino su problemática europea, o la de sus países privados, pero se canalizan en el único camino visible. Parece que ciertas formas místicas son comunes. Abbie Hoffman habla de una «magia», de una «religión». De algo ajeno a la «política», en el sentido directo del término. «Muchos acuden (a estos festivales) por razones propias: por "getting high" (elevarse), por "salirse de sus cabezas", por mecerse en la música, encontrar el éxtasis, gozar de las drogas y de un ahora eléctricamente amplificado. Todo ello es más próximo a la religión que a la política: es un esfuerzo para darle sentido a la vida».

¿Lo han encontrado, algunos o muchos, en el contacto estrecho



de los doscientos mil cuerpos de la isla de Wight, en las tiendas de campaña mixtas, en los baños desnudos (o los moderados, las timidas, en monokini, como en el burgoés Saint-Tropez), en las sesiones de meditación, en el silencio nocturno en torno a una guitarra? Ese posible, ese supuesto «sentido», ¿va a salirse de sus propios límites de clase y situación, va a producir una cultura real, o una contracultura que termine con ésta, o que la modifique y la matice? Estas preguntas se refieren a algo que está pasando y que dará sus respuestas negativas o positivas o intermedias; pero, en cualquier caso, no puede desconocerse ni subestimarse lo que pasó en Woodstock, lo que acaba de pasar —como imagen, como reflejo, pero también como hecho en sí— en la isla de Wight. ■

PABLO BERBEN.

Sería erróneo desconocer o calcular mal la fuerza y la trascendencia de esta contracultura que se manifiesta aun a través del mercantilismo de la sociedad de consumo y utilizándola...

